

venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis.—Pero, hija, decía mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcornias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningún vínculo que afiance su subsistencia?—¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á usted bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor ó cosa semejante?—Sí, mi alma, respondía mi padre con mucha flema: me parece bueno y muy bueno que el niño noble, si es pobre y no tiene protección, aprenda cualquier oficio, por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es que el niño noble ande sin blanca, roto ó muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece malo que para buscar que comer ande de juego en juego, mirando donde se arrastra un muerto,¹ donde dibuja una apuesta, ó logra por favor una gurupiada.² Me parece más malo que el niño noble ande al medio día espiondo dónde van á comer para echarse, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorrón ó sinvergüenza, porque los apóstoles solían ir á comer á las

¹ Así se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

² Llaman los jugadores *gurupí* al que ayuda al banquero, montero, etc., á barajar, pagar las apuestas que ganan, recoger las que pierden, etc. E.

casas ajenas después de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; antes, á trueque de llenar el estómago, son el hazmerreir de todos, sufren mil desaires, y después de tanto, permanecen más pegados que unas sanguijuelas, de suerte que á veces es necesario echarlos noramala con toda claridad. Esto sí me parece malo en un noble, y me parece peor que todo lo dicho y malísimo en extremo de la maldad imaginable que el joven ocioso, vicioso y pobre ande estafando á éste, petardeando á aquél y haciendo á todos las trácalas que puede, hasta quitarse la máscara, dar en ladrón público y parar en un suplicio ignominioso ó en un presidio. Tú has oído decir varias de estas pillerías, y aun has visto algunos cadáveres de estos nobles, muertos á manos de verdugos en esta plaza de México. Tú conociste á otro caballerito noble y muy noble, hijo de una casa solariega, sobrino nada menos que de un primer ministro y secretario de Estado; pero era un hombre vicioso, abandonado y sin destino: (por calavera) consumó sus iniquidades matando á un pobre maromero en la cuesta del Platanillo, camino de Acapulco, por robarle una friolera que había adquirido á costa de mil trabajos. Cayó en manos de la Acordada, se sentenció á muerte, estuvo en la capilla, lo sacó de ella un virrey por respeto del tío, y permanece preso en aquella cárcel ya hace una porción de

años.¹ He aquí el triste cuadro que presenta un hombre noble, vicioso y sin destino. Nada perdió el lustre de su casa por el villano proceder de un deudo pícaro. Si lo hubieran ahorcado, el tío hubiera quedado, como quedó, en el candelero; porque así como nadie es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por las hazañas que hizo, así tampoco nadie se infama ni se envilece por los pésimos procederes de sus hijos.

He traído á la memoria este caso horrendo, y ¡ojalá no sucedieran otros semejantes! para que veas á lo que está expuesto el noble que, fiado en su nobleza, no quiere trabajar, aunque sea pobre.

—Pero ¿luego ha de dar en un ojo? decía mi madre, ¿luego ha de ser Pedrito tan atroz y malvado como D. N. R.?—Sí, hijita, respondía mi padre; estando en el mismo predicamento, lo propio tiene Juan que Pedro; es una cosa muy natural, y el milagro fuera que no sucediera del mismo modo, mediando las propias circunstancias. ¿Qué privilegio goza Pedro para que, supuesta su pobreza é inutilidad, no sea también un vicioso y un ladrón, como Juan, y como tantos Juanes que hay en el mundo? ¿Ni qué firma tenemos del Padre Eterno, que nos asegure que nuestro hijo ni se empapará en los vicios, ni correrá la desgraciada suerte de otros sus iguales, mayormente mirándose oprimido de la necesi-

¹ Siendo virrey el conde de Revilla, lo desterró para siempre á las islas Marianas.

dad, que casi siempre ciega á los hombres y los hace prostituirse á los crímenes más vergonzosos?

—Todo esto está muy bueno, decía mi madre; ¿pero qué dirán sus parientes al verlo con oficio?— Nada, ¿qué han decir? respondía mi padre; lo más que dirán es: mi primo el sastre, mi sobrino el platero ó lo que sea; ó tal vez dirán: no tenemos parientes sastres, etc., y acaso no le volverán á hablar; pero ahora, dime tú: ¿qué le darán sus parientes el día que lo vean sin oficio, muerto de hambre y hecho pedazos? Vamos, ya yo te dije lo que dirían en un caso, dime tú lo que le dirán en el contrario.—Puede, decía mi buena madre, puede que lo socorran siquiera porque no los desdore.—Ríete de eso, hija, respondía mi padre; como él no los desplatee, poca fuerza les hará que los desdore. Los parientes ricos, por lo común, tienen un expediente muy ensayado para librarse de un golpe de la vergüencilla que les causan los andrajos de sus parientes pobres, y éste es negarlos por tales redondamente. Desengáñate; si Pedro tuviere alguna buena suerte ó hiciera algún viso en el mundo, no sólo lo reconocerán sus verdaderos parientes, sino que se le aparecerán otros mil nuevos, que lo serán lo mismo que el Gran Turco, y tendrá continuamente á su lado un enjambre de amigos que no lo dejarán mover; pero si fuere un pobre, como es regular, no contará más que

con el peso que adquiriera. Esta es una verdad, pero muy antigua y muy experimentada en el mundo; por eso nuestros viejos dijeron sabiamente, que *no hay más amigo que Dios, ni más pariente que un peso*. ¿Tú ves ahora que nos visitan y nos hacen mil expresiones tu tío el capitán, mi sobrino el cura, las primas Delgados, la tía Rivera, mamá Manuela y otros? Pues es porque ven que, aunque pobres, á Dios gracias no nos falta que comer y les sirvo en lo que puedo. Por eso nos visitan, por eso y nada más, créelo. Unos vienen á pedirme prestado, otros á que les saque de este ó aquel empeño, quién á pasar el rato, quién á inquirir los centros de mi casa y quién á almorzar ó tomar chocolate; pero si yo me muero, como que quedas pobre, verás, verás cómo se disipan los amigos y los deudos, lo mismo que los mosquitos con la incomodidad del humo. Por estos conocimientos deseara que mi Pedro aprendiera oficio, ya que es pobre, para que no hubiera menester á los suyos ni á los extraños después de mis días. Y te advierto, que muchas veces suelen los hombres hallar más abrigo entre los segundos que entre los primeros; mas con todo eso, bueno es atenerse cada uno á su trabajo y á sus arbitrios y no ser gravoso á nadie.

—Tú medio me aturdes con tantas cosas, decía mi madre; pero lo que veo es que un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con más distinción en cual-

quiera parte decente que otro hidalgo sastre, batihoja, pintor, etc. — Ahí está la preocupación y la vulgaridad, respondía mi padre. Sin oficio puede ser; pero no sin destino ú arbitrio honesto. A un empleado en una oficina, á un militar ó cosa semejante, le harán mejor tratamiento que á un sastre ó á cualquiera otro oficial mecánico, y muy bien hecho: razón es que las gentes se distinguen; pero al sastre y aun al zapatero lo estimarán más en todas partes que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiento y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo. A más de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? Lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educación. ¿Se dará destino más vil que guardar puercos? pues esto no embarazó para que un Sixto V fuera pontífice de la Iglesia católica...

Pero esta disputa paró en lo que leeréis en el capítulo cuarto.

